

(Transcripción)

Castel Gandolfo, 3 de octubre del 2005

Para que el Amor no sea Abandonado

(...)

Leamos primero algunos fragmentos de una larga carta a Duccia Calderari. Con mucha probabilidad se remonta al Adviento del '49. En ella aparece lampante la diferencia que existe entre el dolor del abandono y los otros dolores experimentados por Jesús en su pasión. Hay una clara comprensión de la particularidad de este supremo dolor y de cómo, con él, Jesús ha hecho el don de su divinidad a los hombres.

Como consecuencia, como en otras cartas de este periodo, surge la decidida propuesta de seguirlo y de amarlo en este que es su mayor dolor y que en seguida nos aparece como la expresión de su mayor amor. En la carta es clara la conciencia de la novedad de la luz recibida con el carisma y la fuerza del amor por Jesús abandonado que ardía en nuestros corazones y que su inmensurable amor había encendido en nosotros.

Después de una atenta descripción de la divina pasión que santa Catalina de Siena tenía por Jesús crucificado, la carta sigue:

Créelo, Duccia: el Amor es la salvación del siglo XX, porque el Amor es Dios.

Todas las insidias más o menos profanas, o son una pérdida de tiempo o sirven de sustrato a los Designios de Dios.

Por ello, llénate de este Amor personal por el Hombre-Dios, el único digno de ser amado.

... Pero no sabes la Suerte que te envuelve. No lo sabes: Quizás ahora el Amor cumpla el milagro de hacerte comprender todo lo que hasta ahora ha comprendido mi corazón en contacto con Él, ¡qué es su Único Amor! Te he dicho que el Amor no hace duplicados. Si reaparece en el mundo el Amor, es nuevo, con una luz muy límpida que supera a la que ya se había visto con una medida infinita.

Ha reaparecido en el mundo el Amor y le ha dado a nuestro corazón la clave que abre todos los corazones del mundo.

¡Créelo, Duccia: todos los que han escalado la santidad han alcanzado un lugar más o menos alto según el ardor con que hayan amado a Jesús Crucificado!

Pues bien: tú haz lo que también yo quiero hacer: ¡zambúllate en cuerpo y alma en el Amor Abandonado!

Tú tienes corazón y entendimiento; escucha:

Piensa en la diferencia infinita entre el dolor de Jesús crucificado por sus enemigos, abandonado por sus discípulos, obligado a entregar a su Madre a otro, y el dolor inmenso de sentirse desunido de su Padre, que lo amaba como a sí mismo y con el que formaba un todo.

Piensa: ... fue esa duda atroz de no ser ya uno con el Padre lo que le hizo proferir ese grito: «¿Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?».

¡Un grito que debe partir el corazón de todos los hombres, a quienes esa angustia divina ha hecho dignos de estar ligadas a Dios, unidos a Dios, como hijos adoptivos de Dios!

¡Aquí, aquí, aquí radica toda la Inmensidad del Amor!

Nos entregó su Divinidad.

¡Piensa, Duccia, tú que tienes corazón, en este Jesús colgando como un trapo de la Cruz, con el alma desgarrada de dolor y con la duda de no ser ya Dios!

Piensa y deja que se apoye en tu corazón, que desea cosas grandes ¡pero por El!

Dile que repose en ti su Humanidad Divina reducida a nada para darnos el Todo, reducida a odio (o casi, pues creyó que su Padre ya no lo amaba) para darnos el Amor; dile que la repose en ti y te relate su tormento, a fin de que tú, enardecida y como loca de tanto Amor, corras por el mundo, sí, pero no con tu pequeño corazón, sino con el Corazón de Dios; ardiente de Amor, de modo que ya no toques nada ni nadie¹ sin entusiasmarlo a seguir a este abandonado Señor de los corazones.

¡Júrale con tu vida que Él es Dios, precisamente porque, por el Amor, quiso estar un instante en la duda! Júrale que tu corazón no lo abandonará nunca más, de modo que encuentre aquí, en la tierra, en tu corazón, ese Paraíso que perdió cuando le pareció que su Padre le retiraba la mirada.

... y luego haz lo que quieras, que todo será grande a los ojos de Dios y del mundo.

¡Ofrécete a seguir y amar así al Amor Crucificado en el dolor mas grande, expresión del Amor más grande!

Ante ese ofrecimiento tuyo al Amor, el Amor Omnipotente, que nunca se deja vencer en generosidad, tendrá sobre ti Designios más grandes que los de santa Catalina, porque es inagotable su Amor y nunca deja de arrojar sobre el mundo el Fuego que a todos y para todos había reservado, pero que nadie quiere.

Ábrele tú todo tu corazón y dile que te dé tanta potencia de Amor como había reservado para esos hombres que forman el mundo de hoy.

¡Dile que tu Pasión no es más que Él Crucificado en su Abandono!

¡Sólo así prenderás fuego a Italia¹! Pues no, no basta con predicar la honestidad con nuestros labios y nuestra vida.

¡Es Dios quien debe predicar desde nuestro corazón con todo su Amor!

¡De este Jesús Abandonado que me ha revelado su Llagas Espiritual, que tenía poder para fulminarle el corazón (la Herida del Abandono), yo invoco sobre ti su Bendición Omnipotente para que no te dé paz hasta que te hayas entregado enteramente a esta locura de Amor!

Mi Dios-Amor tiene derecho a corazones ardientes y espera de ti todo tu corazón con todas las potencias que Él ha depositado en él (y son potencias de Amor).

No pongas ningún freno, Duccia, y con esa generosidad que florece espontánea de ti, ponte a disposición de los Designios de Dios, proponte, con la fuerza propia de un juramento, que harás todo lo posible (mientras haya vida) para que el Amor no sea abandonado ni por ti ni por nadie.

Pero nada podrás mientras no lo ames sinceramente y, por Él, no escatimes nada en el Amor.
(¡En el Adviento del Reino del Amor!)

¹Alusión a santa Catalina: «Si sois lo que debéis ser, prenderéis fuego a toda Italia» (Carta 261 a Stefano di Corrado Maconi).